



Au Kim Cheong/UNEP/Still Pictures

Sostener la diversidad biológica, *erradicar la pobreza rural*

TEWOLDE BERHAN GEBRE EGZIABHER afirma que la globalización aumenta la pobreza y degrada el medio ambiente, y pide que se reoriente

El logro de los objetivos de desarrollo de la Declaración del Milenio – conducentes a mejorar la vida de los más pobres y reducir en forma permanente las desventajas de grupos sociales asegurando la sostenibilidad ambiental – tendrá más efecto en África que en cualquier otro lugar, porque es hoy el continente con la mayor proporción de pobres y personas desfavorecidas.

La mayoría de sus pobres viven en zonas rurales y satisfacen sus necesidades aprovechando los recursos naturales renovables – sobre todo biológicos – disponibles en su entorno inmediato. Tienen pues un impacto fuerte en los ecosistemas inmediatos, así como un conocimiento íntimo de ellos, lo que es comprensible.

La dinámica de la población

La globalización está intensificando este impacto cada vez más debido a que altera las presiones ejercidas por la población rural pobre sobre sus ecosistemas inmediatos. Lo está haciendo mediante la modificación de la dinámica de la población, la adición de presiones mundiales sobre el medio ambiente a las locales e incluso mediante la modificación de los factores ambientales – como el clima – que hasta

ahora lo habían sido fuente de sustento. Es pues evidente que para alcanzar dichos objetivos la diversidad biológica, entendida en su sentido amplio, es decir, con inclusión de los ecosistemas, las comunidades, especies, variedades y sus componentes subcelulares, ha de conservarse y aprovecharse en forma sostenible y apropiada.

La pobreza extrema es intolerable tanto en un medio urbano como en uno rural y por ende los pobres de las zonas rurales no tienen por qué suscitar más atención simplemente por el lugar donde viven. Con todo, sus escasos ingresos son más imprevisibles que los de sus homólogos de las zonas urbanas. Todos ellos viven de lo que produce su ecosistema inmediato. La mayor parte se dedica a la agricultura, con o sin cría de animales, aunque algunos se consagran exclusivamente al pastoreo. Su producción está sujeta a vaivenes climáticos estacionales, anuales y periódicos, plagas y enfermedades. En general ni tan siquiera pueden almacenar alimentos producidos en años buenos para consumirlos en años malos, pues carecen de la tecnología necesaria. Tampoco pueden transportar alimentos de las zonas con excedentes de producción a las de escasez, pues carecen de la infraestructura necesaria. Es más, tampoco pueden comprar productos

agrícolas en los mercados en caso de mala cosecha propia, pues carecen de los recursos financieros necesarios. Por consiguiente, su situación no es tan buena como su producción anual media hace pensar; antes bien, son tan pobres como su producción anual más baja manda.

Las normas de la globalización

Sus gobiernos de base urbana suelen ser de poca ayuda para subsanar estas carencias. Por regla general están dirigidos por una élite urbana que poco entiende de sus problemas y se limita a imitar los sistemas de gobernanza occidentales de base urbana que estudiaron en la escuela, ensalzados y promovidos actualmente por el derecho internacional y las normas de la globalización, que descansan en valores occidentales intrínsecamente individualistas. Esto socava toda iniciativa que los pobres de las zonas rurales pudieran tomar, organizados como comunidades locales, para superar sus puntos flacos como personas y movilizarse, y les mantiene en la insignificancia pese a que son abrumadora mayoría en sus respectivos países. En consecuencia, se ven forzados a tratar de satisfacer sus necesidades individualmente a expensas de la capacidad del ecosistema de satisfacerlas en el futuro. Prácticamente toda la población rural pobre es consciente del deterioro que causa al ecosistema, pero no tiene más alternativa que continuar.

Esto provoca despoblación vegetal porque la madera se emplea como combustible o para satisfacer otras necesidades – como construcción de viviendas, muebles y cercos – en tanto que los animales domésticos pastan en exceso. Los cultivos cosechados merman la ▶

fertilidad de las granjas por falta de compensación mediante aplicación de abonos, barbecho o incluso rotación de cultivos. Se diezma la diversidad biológica. Se degrada pues la tierra. El agua y el viento erosionan los suelos. Se perturba el ciclo hidrológico. Las inundaciones después de lluvias y la desecación en la estación seca se convierten en fenómenos comunes. Esto da paso a la desertificación. Todo el proceso se acelera por efecto del cambio climático, exacerbado a su vez por el proceso de degradación de la tierra.

Cuando todo esto hace, como es inevitable, que los pobres de las zonas rurales padezcan hambrunas, la parte adinerada del mundo centrada en las ciudades suele aportar dinero y cereales para ayudar a salvar vidas. Efectivamente, algunas vidas se salvan, pero el socorro no va más lejos, a fin de contribuir a invertir el proceso previo de empobrecimiento de las víctimas. Para esto haría falta un compromiso durante un largo período para eliminar las causas fundamentales de las carencias tecnológicas, infraestructurales y de la gobernanza. Las crisis por hambruna y pérdida continua de diversidad biológica se siguen repitiendo pues a intervalos cada vez más cortos, lo que sume a los pobres de las zonas rurales en la dependencia en vez de ayudarles a ayudarse a sí mismos.

Los conocimientos tradicionales

Pese al agravamiento de su situación, siguen siendo víctimas de los ricos globalizadores individualistas de los centros urbanos, quienes prescriben el "comercio libre" como la panacea contra todos los males. El comercio mejora efectivamente la vida cuando la producción es suficiente para comerciar, y cuando el comercio se da entre iguales y es auténticamente libre. En cambio, el sistema agrícola desarticulado de la población rural pobre se enfrenta a la agricultura fuertemente subvencionada del mundo industrializado. De ahí que el Acuerdo sobre la Agricultura de la Organización Mundial del Comercio (OMC) resulte hoy tan contencioso – y que el llamamiento del Reino Unido para que se desmonte la política agrícola común de la Unión Europea resulte oportuno. Aunque positiva, incluso la discontinuación de las subvenciones a la agricultura no sería suficiente. El Acuerdo de la OMC sobre los aspectos de la propiedad intelectual relacionados con el comercio (ADPIC) está

siendo empleado para robar la diversidad biológica y los conocimientos tradicionales de las comunidades en vías de empobrecimiento de las zonas rurales pobres del mundo. Pese a que son innovaciones de las propias comunidades, están siendo patentadas o protegidas por empresas acaudaladas al amparo de derechos por concepto de fitogenética. La manipulación genética de los cultivos ha hecho que las patentes se vuelvan 'contagiosas', privando a los agricultores de la opción de continuar plantando sus propias semillas. La polinización cruzada introduce genes patentados de campos de cultivos genéticamente modificados en los plantados con cultivos convencionales. Seguidamente, el artículo 34 del Acuerdo sobre los ADPIC convierte a los agricultores cuyos cultivos han sido contaminados de esta manera en infractores, quienes deben pagar regalías a los titulares de las patentes. La alianza mundial se apresta pues a convertir a los pobres de las zonas rurales en nuevos siervos valiéndose de los genes que les han sido arrebatados.

El sistema negociado

Ahora bien, sería posible convertir la globalización en una fuerza liberadora de las poblaciones rurales pobres, pero esto requeriría una verdadera reorientación mundial. El apartado j) del artículo 8 del Convenio sobre la Diversidad Biológica (CDB) podría ser empleado para iniciar un nuevo proceso de permitir que se beneficien de sus innovaciones como comunidades indígenas y locales. Requeriría desarrollar el derecho internacional a fin de reconocer sus derechos. La ley modelo de la OUA sobre protección de los derechos de las comunidades locales, los agricultores y los fitomejoradores, y acceso a los recursos biológicos es un ejemplo de cómo se podría

conseguir.

También se podría conseguir que las negociaciones en curso sobre acceso y distribución de los beneficios ayudaran en este sentido, pero únicamente si el sistema negociado no afianza la patentación de la vida convirtiéndola en el factor decisivo en la distribución de los beneficios.

La participación auténtica

Evidentemente, será preciso que estos mecanismos sean complementados – y de hecho vayan precedidos – por otros en los países donde viven las poblaciones rurales pobres del mundo. La buena gobernanza –una que sea sensible a las necesidades de los pobres, contribuya a promover sus intereses y fomente su participación auténtica en su propia administración y la gestión de los ecosistemas – se ha de convertir en norma. Esto sólo podrá ocurrir cuando lo permitan no únicamente los Estados con poblaciones rurales pobres, sino también los de los ricos de los centros urbanos.

Dado que los pobres de las zonas rurales son los más integrados de la humanidad en los ecosistemas locales y por ende los que mejor los conocen y son más sensibles a ellos, su emancipación erradicaría el síndrome de degradación de la tierra y salvaría la diversidad biológica y la biosfera. La humanidad no tiene más alternativa que hacer esto. De lo contrario, los ricos de las zonas urbanas degradarán ellos mismos la tierra y es posible que acaben siendo barridos por la erosión como los suelos ■

Tewolde Berhan Gebre Egziabher es Director General del Organismo de Protección del Medio Ambiente de Etiopía

Charlotte Thege/Still Pictures

